

El tesoro de "La Cumbre"

Elite.

La Puerta de Caracas no tiene hojas ni goznes. Allí termina el macadam, aún fresco, de la ciudad y arranca el viejo y desdentado empedrado de la colonia que conduce a Los Castillos. Las hileras de casas y ranchitos siguen sin interrumpirse bordeando la vieja ruta colonial desafiando pendientes y asomándose a las quebradas. De vez en cuando una cruz de madera marca el Paso simbólico del Calvario; no sabemos si recordando el Vía Crucis del Gólgota o las cruces de aquellos que ajustaron unas piedras con otras hasta alcanzar la cima de las siete fortalezas. A trechos orgullosamente empinada, como impacientada por llegar pronto a la cumbre en otros rodeando una ladera como si tomara aliento la vía descansa en grandes plataformas, balcones monumentales que prestan a Caracas proporciones de maqueta. Las nuevas construcciones restan relieve a los viejos edificios y los techos rojos parecen pegados al suelo, besando amorosamente la tierra. La distancia oculta la miseria, y los ranchitos que forman interminables balconajes asomados a las quebradas parecen casitas de nacimiento colgadas por capricho...

El Portachuelo de la Cumbre

Del Portachuelo a la cima hay un buen trecho. Encaramada en lo alto está la torre del vigía. De allí se domina todo el litoral sin perder de vista el valle de Caracas. Los españoles establecieron allí un magnífico observatorio. Es la clave del sistema de fortaleza que se ha adjudicado el diminutivo de Los Castillitos. La Torre del Vigía recibe a muchos excursionistas; allí descubren el estrecho parentesco de Caracas con el mar. Pero muchos quedan en el Portachuelo de la Cumbre, donde confundidas la historia y la leyenda ha quedado emplazado un misterioso tesoro de los últimos tiempos de la colonia.

La distancia resulta un maravilloso artífice de fábulas. Estamos siempre dispuestos a creer los sucesos más inverosímiles que ocurren lejos, en tiempo o lugar. No se entiende de otra manera la indiferencia con que nos habla del tesoro Alejandro Aranguren, el laborioso guarda forestal que cuida de esta zona.

– Yo no creo en tesoros escondidos. Hace un mes han vuelto a ensayar con una pala mecánica... ¡"ni un centavo!"

El último intento ha estado a cargo de un americano que llegó con un tractor y muchas esperanzas. La máquina mordió irrespetuosamente aquí y allá, al pie de viejas murallas que guardan el secreto, si hay alguno... Pero ha sido un intento superficial "¡cómo si un tesoro pudiera esconderse a flor de tierra!"

– Ahí arriba, en el Castillo de la Cumbre –nos dice Aranguren– se han hecho muy profundas excavaciones. ¿Ve Ud. este túnel?... Es un pasaje subterráneo que llega al castillo. Lo abrió González Gómez en busca del tesoro... Pero hay un derrumbe a mitad de camino.

El Castillo de la Cumbre

También le llaman el Castillo del Tesoro porque la noticia histórica lo sitúa aquí. Siguiendo los restos de viejos cimientos y algunos muros de sólida mampostería que han quedado en pie, se puede reconstruir la desafiante figura del castillo en aquella cumbre llena hoy de arbustos y árboles que parecen piadosamente dispuestos a esconder sus ruinosas heridas. Hoy es un humilde corral. Las gallinas han dispuesto sus nidos en lo alto de los paredones o en las aspilleras y Doña María de Carías recoge lotes de 12 y 14 huevos cada vez que descubre un nuevo escondite.

– Eso es lo que encuentro aquí, el fruto de mi trabajo. ¡El tesoro, el tesoro!... ¿Ud. busca lo que no ha ganado?... Mire Ud. este hueco, tiene 50 metros de profundidad. ¡Los tesoros no se buscan así! Por ahí se me pierden las gallinas...

Unos casi cubiertos por la maleza, otros recientes, los huecos ocupan la mitad de la superficie de lo que era la planta del castillo.

– Aquí hay más en gasto que enterrado. Filosofa Doña María.

– ¿Y por qué permite Ud. las excavaciones? Dígame que también espera algo...

– Uno no sabe nunca... Pero desde que estoy yo: "hueco abierto, hueco tapado".

Yo no permito que me dejen esos horribles agujeros. "Yo soy caraqueña, ¿sabe Ud.? Y no me gusta vivir tan sola. Mis hijas vienen de vez en cuando, pero se aburren. ¡Yo no estaría sola si no fuera por algo!

Y después de la primera fingida indiferencia, Doña María de Carías deja entrever sus esperanzas de hacerse rica a instancias de nuestro comprensivo interés por el tesoro oculto.

– ¿Cuál es la leyenda del tesoro?

– Leyenda, leyenda... Debe haber algo de cierto. ¡Hay una carta y todo!...

La historia del arriero

Un arriero canario conducía ocho mulas cargadas de oro con destino a los Guaira. Salió de Caracas al anochecer y llegó a La Cumbre la noche ya cerrada. Conocía muy bien los caminos y prefería arriesgarse al amparo de la oscuridad. Pero le sorprendieron en La Cumbre: "¡Alto!"... El arriero lanzó un juramento y azuzó a las mulas. El apresurado tintineo de los arreos de las bestias guiaba a sus perseguidores y el canario tuvo que descargar el oro, ocultándolo en una zanja. Pocos días después bombardearon el lugar y cuando el arriero volvió a recuperar el tesoro ya no pudo hallarlo.

"Las murallas miran al mar –decía después en una carta que escribió de Canarias– y muy cerca en un rajo, escondí el oro que descargué de las mulas".

– Esa carta –nos cuenta Doña María– llegó a manos del General Adamer, quien tiene el plano del castillo, señalando el lugar donde fué escondido el tesoro.

– Algún día lo hallará Ud. sin planos, por casualidad –le digo para animarla.

– ¡Ojalá!... ¡Dios le oiga!... Pero yo no creo en milagros.

– Si el oro lo encuentra otro, ¿también tendrá Ud. su parte?

– ¡Claro!... ¿No es mío el terreno? Me toca la mitad. No estoy aquí por nada, llevándome sustos... –y Doña María mira con recelo hacia uno de los muros.

– ¿Hay algo de particular en ese paredón?

– Mire Ud., se lo voy a decir... "Aquí, ¿Ud. sabe? murieron muchos soldados.

Esto era como "cuarter general" y había un calabozo. El hueco de aquel muro estaba "anépticamente trancado", esa era la pieza. Dos portugueses que vinieron a cavar huyeron como "arma en pena" un amanecer. Durante la noche oyeron ruidos, conversaciones y hasta se meneaba el chinchorro... ¡Yo no creo mucho en eso! Pero una noche, ¡eso sí!, vi un soldado. ¡De eso estoy segura! No le vi la cara, estaba de espaldas; pero llevaba todo el equipo; entró por aquella puerta...

Y quedo convencido, a pesar de su pretendido escepticismo, que Doña María cree en el tesoro y en las almas en pena del Castillo de la Cumbre. ¡Ojalá encuentre las morocotas sin herir a los fantasmas!...